

sufrir que en las filas del ejército se fuera dando entrada á los oficiales purificados, y que ya cuando la sublevación de Bessieres intentaron también un golpe de mano en Tortosa y en algún otro punto del Principado. Formóse, pues, lo que se llamó *Federación de realistas puros*. A últimos de 1826 se imprimió un escrito titulado: *Manifiesto que dirige al pueblo español una Federación de realistas puros sobre el estado de la nación, y sobre la necesidad de elevar al trono al serenísimo señor infante don Carlos*. El cual concluía así: *Hé aquí lo que os deseamos en Jesucristo, Nos, los miembros de esta católica Federación, con el favor del cielo y la bendición eterna, amén. Madrid á 1.º de noviembre de 1826.—De acuerdo de esta Federación se mandó imprimir, publicar y circular.*—Fr. M. del S.º S.º Secretario.

Este folleto, que comenzó á propagarse á principios de 1827, fué atribuido por el gobierno, ó al menos el ministro Calomarde en una real orden al gobernador del Consejo (26 de febrero, 1827) le atribuyó á los liberales revolucionarios emigrados en países extranjeros, y encargaba á todos los tribunales y justicias del reino persiguieran sin descanso á los autores ó expendedores de aquel infame escrito, como agentes de la revolución. Era un sistema muy cómodo achacar todo á los revolucionarios liberales, y así se conseguían dos objetos á un tiempo, coonestar las medidas de rigor que contra ellos seguían tomándose, y distraer la atención pública de la trama fraguada por la federación de los realistas puros. Y como si el peligro no pudiera amenazar sino de un solo lado, se mandaba reforzar todos los puntos militares de la frontera portuguesa, donde había un cuerpo de observación á las órdenes del general Sarsfield, se encargaba la pronta y eficaz ejecución del decreto sobre arbitrios para la organización de los voluntarios realistas, celebrábanse simulacros y se pasaban revistas solemnes á estos cuerpos, probando el rey y la reina sus ranchos, para ganar prestigio y popularidad entre ellos, y se los halagaba de todos modos, como si ellos solos fueran los leales, ellos los solos sostenedores del trono y de la monarquía, y como si los conflictos solo pudieran venir de los aborrecidos constitucionales.

Pronto se vió que el viento de la revolución no soplaba ahora de aquella parte. En el mismo mes de febrero (1827), y cuando el gobierno estaba designando á los emigrados liberales como autores del folleto mencionado, se estaban ya concertando y reuniendo en Cataluña aquellos realistas puros de la federación, partidarios de la antes malograda sublevación de Bessieres, sobre el modo y tiempo de levantar la bandera de la rebelión en Tarragona, Gerona, Vich y otros puntos del Principado, bajo el consabido pretexto de que el rey estaba dominado por los masones, de que se iba á publicar otra vez la Constitución, y era menester, decían, ganar por la mano á los revolucionarios. Entendiábase para esto Ferricabras, Llovet, Planas, Carnicer, Bussons, conocido por Jep dels Estany, Queralt, Puigbó, Vilella, Trillas, Solá, Codina y otros varios, casi todos oficiales y jefes que habían sido del ejército de la Fe, y de los que se llamaban *agraviados*. Ya en marzo apareció en los contornos de Horta una partida armada al mando del capitán Llovet, á quien había de auxiliar el coronel Trillas para apoderarse de Tortosa. Comenzaron á establecerse juntas y á circular proclamas, y designábase el 1.º de abril para el levantamiento general. Agitábase el campo de Tarragona; alzábase el grito en el Ampurdan, moviase la gente por Manresa y Vich, y bullían y comenzaban á organizarse los sediciosos en las montañas.

También se pusieron en movimiento las tropas, encargadas de sofocar la insurrección, é hicieronlo tan activamente que lograron destruir ó dispersar aquellas primeras gavillas, antes que hubiesen tenido tiempo para acabar de sublevar el país, que solo empezaba á comoverse. Algunos de aquellos caudillos fueron aprehendidos y pasados por las armas, dando alguno de ellos á la hora de la muerte una triste prueba, y aun un escandaloso testimonio de lo que eran para él aquella religión y aquella fe que invocaban y que tenían siempre en los labios, resistiéndose á cumplir los deberes que á todo cristiano, especialmente en los últimos momentos de su vida, aquella fe y aquella religión imponen.

Entre las proclamas y papeles cogidos á los cabecillas se encontró uno impreso en papel y letra francesa, que así por esta circunstancia como por la fecha en que apareció y se publicó, y por la declaración posterior de otro de aquellos jefes, que manifestó haberlo remitido por el correo al secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, ofrece sobrado fundamento para creer fuese el mismo célebre *Manifiesto* que dirigía al pueblo español la *Federación de realistas puros*, que el ministro Calomarde en un documento solemne había atribuido á los liberales emigrados, y que de sobra debía constarle ser parto y producto de la sociedad secreta del *Angel exterminador*, centro misterioso de donde había salido el plan de la rebelión de Cataluña.

No sabemos si esta circunstancia influiría en el indulto que el gobierno concedió á los rebeldes catalanes (30 de abril, 1827), y que se extendió despues á los jefes de la conjuración, algunos de los cuales no le quisieron admitir. Sin embargo, desde abril hasta julio pareció restablecida la tranquilidad en el Principado. Pero en este tiempo se preparaba otra mayor, y mas seria, y mas extensa insurrección que la que había sido sofocada. La calidad de los personajes que la prepararon y sostuvieron, las clases á que pertenecían, el objeto aparente con que procuraban cohonestarle, y el fin verdadero que se proponían, todo se ha de ir viendo, todo lo habrán de revelar los nombres y los cargos de las personas que en este sangriento drama jugaron, las proclamas de los insurrectos y de las juntas á que obedecían y que dirigían el plan, y los documentos que habremos de dar á conocer.

Despues de algunos reuniones de clérigos, que eran los que con su influencia tenían dominado el pueblo catalán, reuniones que promovió también un eclesiástico de alta dignidad llegado de Madrid con instrucciones reservadas, establecióse en Manresa una junta, que se autorizó á sí misma para gobernar el Principado, llamándose Junta Superior, y dándose aires de soberana. Háblala formado don Agustín Saperes, conocido por *El Caragol*, y componíala el lectoral de la iglesia de Vich don José Corrons, el domero y el vice-domero de la de Manresa, Fr. Francisco de Asís Vinader, religioso de los Mínimos, el médico don Magin Pallás, don Bernardo Semartí, y de que eran secretarios don Juan Comas y don José Rancés. A presidirla fué don José Bussons, (alias Jep dels Estany), que ya se había levantado con trescientos hombres, dándose al Caragol la comandancia de la vanguardia de las fuerzas sublevadas y que habían de sublevarse. Cuando el jefe de las tropas que guarnecían la población había reunido los oficiales para manifestarles los temores que ciertos síntomas le hacían concebir, vióse sorprendido al rayar el día 25 de agosto (1827), con los gritos de: «¡Viva la religión! ¡Viva Fernando VII!» que por todo el pueblo resonaban, junto con el toque de somaten que atronaba los aires en las torres de las iglesias. Trabada la acción entre las tropas y los realistas insurrectos, y faltando á su deber y á su lealtad algunos oficiales de aquellas, quedaron vencedores los sublevados, y enseñoreada de la población la Junta.

Puesto Saperes (el Caragol) á la cabeza de los sediciosos, publicó dos proclamas, una anunciando la instalación de la junta, otra á los *españoles buenos*, manifestándoles que era llegado el momento en que los beneméritos realistas volverían á entrar en una lucha, «lucha, decía, mas sangrienta quizás que la del año 20, aunque de menor duración: lucha en que va á decidirse la suerte próspera ó adversa del mundo católico, y en particular la de nuestra amada España.» Y concluía con las tres siguientes disposiciones: «1.º Toda persona que desde este día se entretenga en esparcir directa ó indirectamente *noticias melancólicas*, ó con sus escritos ó conversaciones contra la opinión de los buenos realistas, será reputado como traidor, y enemigo de los defensores de la justa causa: 2.º El sujeto á quien se le justifique estar en correspondencia con alguno de los sectarios, será tratado como espía, *avun cuando no tenga roce con él*: 3.º Todo voluntario que trate de inspirar desaliento, ó influya de algún modo para que los demás no se defiendan, será tratado como traidor vendido á los enemigos.

»Manresa 25 de agosto de 1827.

»El coronel comandante general de la vanguardia, Agustín Saperes, (alias Caragol) (1).»

La junta por su parte publicó también una allocución (31 de agosto, 1827), de que conservamos un ejemplar impreso, y reproducimos aquí literal y con su propia ortografía, para que se vea la ilustración y el gusto literario de aquellos nuevos gobernantes, que por lo menos habrían seguido una carrera eclesiástica.

CATALANES: La Junta Superior provisional de Gobierno de este principado de Cataluña, instalada en esta ciudad á los 29 de agosto del presente año, con decreto del ilustre señor comandante general de la vanguardia realista del ejército de operaciones, para restablecer las administraciones civiles y judiciales de la provincia, se dirige á vosotros por primera vez, al efecto de manifestaros los sentimientos que la animan. Ollados y combatidos de un modo aun mas vil y cobarde por los agentes de la rebelión del año 1820 los soberanos derechos de nuestro carísimo objeto, don Fernando VII (que Dios guarde), quedaba este infeliz reino sujeto otra vez al duro yugo constitucional. Desde este momento ¡qué tropel de males, desgracias y descaradas persecuciones iban experimentando los decididos amantes del trono y altar! ¡Con qué agigantados pasos caminaba nuestra existencia hácia los duros grillos, cadenas, destiernos y cadalsos, si la animosidad de algunos impávidos y siempre celosos españoles, arrostrando todo género de peligros, no hubieren sabido recordar la imperiosa necesidad de sacudir, mientras el tiempo lo ha permitido, la fiera esclavitud que la mas negra traición nos acababa de preparar! Convencido de esto el Pueblo Catalan, tiempo hace que hubiera levantado el grito, si desgraciadamente, á causa de fines cobardes y de propio interés, no se hubiera contenido el santo ardor de un pueblo, que está resuelto á dar mil veces la vida antes de permitir que queden menoscabadas en lo mas mínimo sus preciosas margaritas de Rey Absoluto y Religión. Mas por fin la divina Providencia ha hecho que desprendiéndose de todas las dificultades que el genio del mal y la cobardía presentaba á la vista, se decidiese desembarazadamente. La mayor parte de este Principado ha empezado la gloriosa empresa que visiblemente protege el todo Poderoso, de aterrar para siempre los trastornadores de la Corona y leyes fundamentales de España, contando que las demás provincias en union con nosotros cooperarán, como cooperan ya, al feliz resultado. La ciudad de Manresa, entre nosotros, es la que ofrece un ejemplo á la faz del Universo, que quizás ni la historia antigua ni la moderna no ofrece otro igual. Catalanés: los que todavía os manteneis frios espectadores del resultado de la empresa que marcha tan felizmente, decidíos sin mas tardar. No queráis desacerditar vuestra natural fidelidad de que en todas épocas habeis dado pruebas irrefragables. Escuchad á los inmortales héroes sacrificados en la pasada revolución, que desde el silencio de su sepulcro nos están advirtiéndolo de cuánto somos capaces, siempre que todos elevemos nuestro patriotismo á la par de sus ilustres virtudes. Oidlos como están animándoos á redoblar vuestros esfuerzos, á dirigiros por el consejo de los sabios, á ser dóciles al Servicio Militar, y á prestaros á los sacrificios. Observadlos alentando el Ejército con el ejemplo de los esforzados defensores, y persuadiéndolo al rigor de la disciplina; rigor saludable y necesario, en el cual está cifrado el éxito de las campañas y la salud de nuestra patria. Vedlos dirigiéndose á las demás provincias, excitándoles á venir á nuestra ayuda, enseñándolas cuánto deben esperar de las heroicas disposiciones que sabe producir nuestro suelo, siempre que Cataluña se vea ayudada de sus hermanas. Así sea, y quedad seguros que esta excelentísima Junta empleará todas sus luces para llenar el grande objeto á que es llamada, y que nada desea tanto como corresponder á tanta confianza con la sinceridad de sus hechos.—Manresa 31 de agosto de 1827.

»Agustín Saperes, presidente.—José Quinquer Presbítero Domero, vocal.—Fray Francisco de Asís Vinader, vocal.—Magin Pallás, vocal.—Bernardo Semartí, vocal.

»De acuerdo de S. E. la Junta Superior del Principado,

»JUAN BAUTISTA COMES, SECRETARIO.»

(1) Firmábase él mismo: *alias Caragol*.

Gente mas fanática que avisada, en sus toscas y vulgares allocuciones, á que todos parecían muy dados, iban descubriendo las causas y fines verdaderos de la rebelión, que sus instigadores hacían estudio de ocultar. La del comandante del primer batallón de voluntarios realistas de Manresa, terminaba diciendo: «¡Viva el rey! ¡Viva la religión! ¡Viva la Inquisición! ¡Y viva la constancia para el exterminio de las sectas masónicas!» Y la del Jep dels Estany, presidente de la Junta superior, cuando fué dado á conocer como comandante general de las divisiones realistas del Principado, decía: «Concurrid, manresanos, españoles todos, á sostener este patrimonio de gloria, y vereis disipar la impiedad, abatir los negros, reponer á los oficiales y demás empleados realistas que fueron separados de sus destinos con la mas descarada arbitrariedad, para colocar á los exaltados constitucionales que atentaron contra la real persona de S. M., y aun á los mismos milicianos voluntarios, en contradicción á los repetidos sabios decretos de S. R. M., y acabar con todos los liberales del suelo español. Despues de esta virtuosa ocupación, retiraos al seno de vuestras familias, ciertos de que vuestras casas y hogares serán respetados, vuestros derechos sostenidos y defendidas vuestras propiedades.»

Este hablaba á los *agraviados*, y se producía como *agraviado*. El otro proclamaba la Inquisición. Proponíanse todos exterminar los liberales, ó lo que llamaban, acabar con los negros. Pero todos aclamaban á Fernando, á quien suponían dominado por los masones. Los directores ocultos del movimiento les hacían creer esto, que ellos obraban en nombre del rey para librarle de la influencia de los constitucionales que le tenían oprimido, que peligraba la religión; y aunque de algunas declaraciones posteriores, que tenemos á la vista, se deduce manifestamente que sonaba ya también entre ellos como bandera el nombre de don Carlos, no consta que lo hiciesen con autorización del príncipe. El espíritu que impulsaba la rebelión era completa y abiertamente teocrático. El clero catalán, fanático é ignorante, logró fascinar y arrastrar en este sentido aquellos naturales, tan valientes como crédulos; y en cuanto á la ignorancia relativa de unos y otros, no debe causar maravilla, cuando los profesores de la universidad de Cervera habían dicho al rey en una exposición (11 de abril de 1827): «Léjos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir, que ha minado por largo tiempo.... con total trastorno de imperios y religión en todas las partes del mundo (2).»

Igual levantamiento que en Manresa se verificó en Vich. Aquí el impulso lo había dado evidente y descaradamente el clero. Juntas celebradas en el monasterio de Ripoll, á que asistieron algunos prelados y abades; reuniones tenidas en el convento de Capuchinos de Vich; sermones en que se excitaba á una cruzada de exterminio; y hasta la visita hecha por el prelado á pueblos de la diócesis, puesto que los visitados fueron los que mas vigorosamente alzaron y sostuvieron el estandarte de la rebelión; tales fueron los elementos que de público la prepararon, y le dieron un tinte marcado de teocrática (3). Estallaron igualmente rebeliones en Tarragona, Reus, Solsona, Gerona y Lérida. Los hombres ricos y hasta las familias medianamente acomodadas, huyendo de las exacciones con que los acosaban los rebeldes, buscaban un asilo en Barcelona, afluyendo en tanto número, que fué necesario tomar medidas y precauciones para su alojamiento, por temor de que se desarrollase una epidemia. Debemos, sin embargo, decir, en obsequio á la verdad y para honra suya, que los reverendos prelados de Tarragona, Barcelona, Gerona y Lérida habían publicado pastorales, llenas de unción y de espíritu evangélico, exhortando á los fieles catalanes á la paz, á la obediencia al legítimo soberano, y desvaneciendo las maliciosas y siniestras voces que los fautores de la rebelión esparcían sobre la cautividad en que este se hallaba.

(2) Gaceta de Madrid del 3 de mayo de 1827.

(3) Hicieronse notables por su exaltada oratoria y sus furibundas predicaciones, entre otros, el P. Puig, prior de los Dominicanos; el P. Pailan, guardian de San Francisco; el P. Solá, franciscano también; el padre Francisco Mora, del oratorio de San Felipe Neri, y el doctor Fábregas, capellan de los realistas. Teníanse también reuniones en casa del boticario Vinader, del confitero Isern, y en otros puntos. Todo esto consta de las declaraciones contestes de los que despues fueron procesados.

El capitán general de Cataluña, marqués de Campo Sagrado, se preparó á restablecer el orden con la escasa fuerza del ejército que tenía y reprodujo los célebres decretos de 17 y 21 de agosto de 1825 sobre las partidas de rebeldes. Las noticias de aquellos sucesos causaron en Madrid verdadera y profunda alarma. El ministro de la Guerra dió inmediatamente instrucciones enérgicas y severas al capitán general del Principado para que persiguiera á los revoltosos, ordenándole, entre otras cosas, la disolución de los batallones realistas de Manresa y de Vich, la formación de consejos de guerra para juzgar á aquellos y á sus auxiliares con arreglo á los decretos vigentes, la destitución de los gobernadores de plazas y castillos que mostrasen debilidad ó poca vigilancia, y ofreciéndole que iría pronto un general con suficientes fuerzas y revestido de amplias facultades por el rey. El general que se destinaba era el conde de España. El monarca por su parte manifestó en un decreto al Consejo, que si antes en los movimientos de Cataluña como padre no había visto mas que un alucinamiento, ahora como rey veía la sedición, y daba las órdenes para que las bandas de los sublevados fuesen deshechas y escarmentadas (11 de setiembre, 1827). Mas como lejós de apagarse el fuego de la rebelión amenazara propagarse á los reinos de Aragón y de Valencia, anunció Fernando de un modo solemne (18 de setiembre), que queriendo examinar por sí mismo las causas de las inquietudes de Cataluña, y confiando en que su presencia contribuiría poderosamente al restablecimiento de la tranquilidad, había resuelto trasladarse en persona al Principado, llevando solamente consigo una corta escolta y al ministro de Gracia y Justicia, y dejando á la reina y á toda la real familia en el real sitio de San Lorenzo.

Partió en efecto Fernando del Escorial el 22 de setiembre (1), y el 28 llegó á Tarragona, despues de haber recibido en las poblaciones del tránsito agasajos y ovaciones, y obsequiándole el arzobispo y cabildo de Valencia, no obstante el recelo y prevención con que le habían hecho mirar esta ciudad, con un donativo de cuatrocientas onzas de oro. Las gentes agolpadas á una y otra orilla del Ebro le saludaban con entusiasmo. Y sin embargo, no había faltado quien, so color y á la sombra de aquellas mismas demostraciones de regocijo, concibiera el designio de apoderarse de su persona con un numeroso cuerpo de voluntarios realistas que había de salir como á recibirle; designio que supo y frustró el jefe de Estado mayor don José Carratalá, situado con su columna á las inmediaciones de Reus. Alojóse el rey en el palacio episcopal, y el mismo día que llegó dirigió la siguiente alocución á los habitantes del Principado:

#### EL REY.

«CATALANES: Ya estoy entre vosotros, según os lo ofrecí por mi decreto de 18 de este mes; pero sabed que como padre voy á hablar por última vez á los sediciosos el lenguaje de la clemencia, dispuesto todavía á escuchar las reclamaciones que me dirijan desde sus hogares, si obedecen á mi voz, y que como rey vengo á restablecer el orden, á tranquilizar la provincia, á proteger las personas y las propiedades de mis vasallos pacíficos que han sido atrozmente maltratados, y á castigar con toda la severidad de la ley á los que sigan turbando la tranquilidad pública. Cerrad los oídos á las pífidas insinuaciones de los que asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y aparentando celo por la religión que profanan y por el

(1) La buena reina Amalia mostró soportar la separación del rey su esposo con una resignación verdaderamente cristiana, y dedicó á su despedida unos versos, tan desgraciados como obra de arte, como eran generosos y bellos los sentimientos de su corazón que en ellos revelaba. Sirvan de muestra las siguientes estrofas:

¿Cómo se había de quejar tu esposa,  
Si á tus vasallos vas á socorrer?  
De su sangre una gota es mas preciosa  
Que cuanto llanto pueda yo verter.

Anda, Fernando, y vuelve coronado  
Con la oliva de pacificador;  
Yo quedo en tanto á este tu pueblo amado  
Por prenda fiel de tu paterno amor.

trono á quien insultan, solo se proponen arruinar esta industriosa provincia. Ya veis desmentidos con mi venida los vanos y absurdos pretextos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelión. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa religión, ni la patria peligrá, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad es coartada por nadie. ¿A qué, pues, toman las armas los que se llaman á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y católicos celosos? ¿Contra quién se proponen emplearlas? Contra su rey y señor. Sí, catalanes, armarse con tales pretextos, hostilizar mis tropas y atropellar los magistrados es rebelarse abiertamente contra mi persona, desconocer mi autoridad y burlarse de la religión, que manda obedecer á las potestades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820; es, en fin, destruir hasta los fundamentos las instituciones monárquicas, porque si pudiesen admitirse los absurdos principios que proclaman los sublevados, no habría ningun trono estable en el universo. Yo no puedo creer que mi real presencia deje de disipar todas las preocupaciones y recelos, ni quiero dejar de lisonjearme de que las maquinaciones de los seductores y conspiradores quedarán desconcertadas al oír mi acento. Pero si contra mis esperanzas no son escuchados estos últimos avisos; si las bandas de sublevados no rinden y entregan las armas á la autoridad militar mas inmediata á las veinticuatro horas de intimarlos mi soberana voluntad, quedando los caudillos de todas clases á disposición mía, para recibir el destino que tuviese á bien darles, y regresando los demás á sus respectivos hogares, con la obligación de presentarse á las justicias, á fin de que sean nuevamente empadronados; y por último, si las novedades hechas en la administración y gobierno de los pueblos no quedan sin efecto con igual prontitud, se cumplirán inmediatamente las disposiciones de mi real decreto de 10 del corriente, y la memoria del castigo ejemplar que espera á los obstinados durará por mucho tiempo. Dado en el palacio arzobispal de Tarragona á 28 de setiembre de 1827.—YO EL REY.—Como Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, Francisco Tadeo de Calomarde.»

La situación de Cataluña era en verdad seria y alarmante. La revolución se había generalizado, y para combatir á treinta batallones de realistas contábase apenas una mitad de fuerza de línea, y con ella el marqués de Campo Sagrado se había limitado por el pronto á guarnecer y asegurar las plazas de guerra. Solo una columna mandada por el brigadier Manso hacia esfuerzos no infructuosos por contener los insurgentes hasta la llegada del conde de España con nuevas fuerzas. La insurrección, sin embargo, estaba torpemente coordinada y mal sostenida. La hipocresía de los promovedores ocultos de ella era causa de que no se hubiese enarbolado una enseña determinada y clara, y esto producía quejas de los mismos jefes insurrectos, que recelosos de ser vendidos por los mismos que habían impulsado la rebelión, en sus desahogos iban revelando todo el plan que con gran estudio se había querido tener embozado. Tal sucedió con uno de los primeros caudillos, don Jacinto Abrés, el Carnicer, alias Pixola, que despues de haberse batido cuatro veces, de tener bloqueada la plaza de Gerona, y de haberse visto obligado á curarse la fractura de una pierna en Vich, al observar lo poco que le parecía agradecerle y pagarle sus trabajos y servicios, dió y circuló desde Llagostera (22 de setiembre, 1827) la importante proclama siguiente:

«CATALANES: Tiempo es ya de romper mi silencio para vindicarme con vosotros de la calumnia con que nos acusan todos los obispos del Principado en sus respectivas pastorales, atribuyendo nuestros heroicos hechos á ser obra de sectarios jacobinos: borron que estoy sintiendo sin que pueda dejar de manifestarlo: nada de eso, muerte á estos es lo que hemos jurado. Algunos de estos mismos prelados saben bien que los que ahora llaman cabecillas desnaturalizados nos hicieron saber palpablemente que el rey se había hecho sectario, y que si no queríamos ver la religión destruida, debía elevarse al trono al infante don Carlos: que en esta empresa estaban comprometidos los consejeros de Estado, Fray Cirilo Alame-

da, el duque del Infantado, el Excmo. Sr. don Francisco Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, el inspector de voluntarios realistas don José María Carvajal y otros varios personajes de primera jerarquía, con tanto recursos como eran precisos, tanto nacionales como extranjeros. Despues que se vió el espíritu del pueblo, prohibieron los primeros vivas para realizarlos cuando ya estaba formada la fuerza. Ya estamos con ella, ¿y qué han hecho? Dejárnos en la estacada, sin salir á nuestra ayuda los que estaban conformes, porque ven el peligro, y no quieren exponerse á perder sus pingües prebendas y destinos; y uno de los que fueron órganos para hacernos salir al campo lo envían luego á la corte: este, luego que vió al rey, se encargó de hacer desaparecer á todos los que juramos morir antes que admitir composición alguna. Romagosa, este es el que llevado de su egoísmo pretende dejárnos sin fuerza, y entregar á los jefes para que se nos castigue, en lo que nada pierden ni él ni los que los dirigen, con tal que ellos consigan avasallar al rey, haciendo en favor propio lo que se les antoje, aunque sea con el precio de nuestras cabezas. Aquí tenéis descubierto el plan de los que nos viliendieron llamándonos seducidos por negros.—Es pues llegado el caso, compatriotas míos, de que todos nos unamos contra nuestros enemigos; al rey lo tienen oprimido y engañado, y los egoístas empiezan á vacilar, porque temen; no hay que desmayar; los principales agentes continúan en favor nuestro por ser mutua la causa que nos obliga á poner en actitud hostil.—Religión, trono sin mancha, valor y constancia sea nuestra divisa, y despreciando á traidores y sectarios, formemos un muro impenetrable contra los malvados; así seremos felices, y nos bendecirán nuestros hijos.—Llagostera, 22 de setiembre de 1827.—Pixola (1).»

No faltaban motivos á este partidario para pensar de Romagosa de aquella manera; y en cuanto á Calomarde, tanto contaban con él y le tenían por suyo los apostólicos, que aun despues de saber que acompañaba al rey, todavía jefes tan principales de bandas como era Caragol, escribían á Madrid confiados en que Calomarde no les habría de faltar. Su conducta en Tarragona los sorprendió, y le hizo aborrecido de aquellos mismos apostólicos á quienes tantos compromisos parecía haber ligado anteriormente. El desgraciado Carnicer (a) Pixola, autor de aquella proclama, fué de los que tuvieron la mala suerte de caer en poder de las tropas, y mandado conducir á Tarragona por el conde de España, aumentó allí la lúgubre galería de los ajusticiados, de que luego habremos de hablar.

Veamos ya el efecto que produjo la presencia del rey en Cataluña.

A la voz del monarca, á su llamamiento y al ofrecimiento de indulto, expresados en la alocución de 28 de setiembre, respondieron desde luego deponiendo las armas y acogiéndose á la clemencia del soberano no pocos grupos de sediciosos, algunos con sus jefes ó caudillos á la cabeza. Puesto por otra parte en movimiento con sus fuerzas el conde de España, y auxiliado en sus operaciones por las columnas que guiaban Carratalá, Munet y Manso, iba por todas partes arrollando sin gran dificultad las masas de voluntarios realistas que intentaban resistirle, y despues de ocho dias de fáciles triunfos en la montaña de Castellvit, Valls, Villafranca, Martorell y el Bruch, hallóse frente de Manresa, asiento de la Junta Suprema y foco

(1) Del mismo género era la proclama de Rafi Vidal, autor y jefe de la sublevación de Reus. Hé aquí el principio de ella:

«¡Viva la santa Religión! ¡Viva el rey nuestro señor y el tribunal santo de la Inquisición!»

Habitantes del campo de Tarragona; ya va serenándose la atmósfera que estos dias atrás tenía en zozobra á todos vosotros.... creídos acaso que mi levantamiento sería para hacer derramar sangre, y extender el luto y el llanto en todo este vasto y delicioso país. No, amados compatriotas, no ha sido ese mi intento. Ha sido, sí, unirme con la mayor y mas sana parte de la provincia, para sostener y defender con la vida los dulces y sagrados nombres de *Religión*, *Rey* y *Inquisición*; arrollar y exterminar á cuantos masones, carbonarios, comuneros y demás nombres inventados por los maquiavelistas, que no han obtenido el indulto que Su Majestad se dignó dispensarles si dentro de un mes se retractaban de sus errores, etc.—Reus, 13 de setiembre de 1827.—Juan Rafi Vidal.»

principal de la insurrección. Atemorizada la Junta con la aproximación del conde, huyó cobardemente á esconderse en la montaña por la parte de Berga. Una comisión del ayuntamiento se presentó al general, asegurándole que no quedaba en la ciudad un solo hombre armado, en cuya confianza entró en ella el conde de España, acompañado de sus tres ayudantes, el marqués de la Lealtad, el conde de Mirasol y don Manuel La Sala. Dirigiéronse los cuatro á la iglesia de Santo Domingo; despues de haber orado un corto espacio, antojóseles abrir una puerta que conducía al patio: ¿cuál sería su sorpresa al encontrar en él un batallón de realistas formado y descansando sobre las armas, y varios frailes contemplándolo apoyados en la barandilla de la escalera! «Ustedes, les dijo el conde con imponente acento, serán las primeras víctimas. Yo no podré contener á los batallones de la guardia que vienen tras de mí, cuando vean que se los ha engañado, que aun hay quien tiene las armas en la mano contra la autoridad soberana del rey. ¡Estos desgraciados van á pagar culpas que no tienen!» Bajaron la cabeza los frailes y se subieron silenciosos á sus celdas (8 de octubre, 1827).

El marqués de la Lealtad corrió en busca de un batallón de la guardia. El de realistas fué desarmado. Subió á las celdas el conde de España, donde reconvino en términos fuertes y duros á los religiosos. No quiso aceptar del ayuntamiento una comida que tenía preparada para obsequiarle, y mandó que se llevara á los presos de la cárcel. Alojárnose las tropas en las casas. De entre los prisioneros, el ex-individuo de la Junta don Magín Pallás y algunos otros, acrecieron despues el catálogo de las víctimas de Tarragona que habrá de desplegarse horrible á nuestros ojos.

Siguiendo sus operaciones el conde de España, emprendieron las tropas su marcha para Berga, donde se hallaba Bussons (a) Jep dels Estany, con mil quinientos hombres, con los cuales rompió un vivo fuego contra sus perseguidores, pero cargando estos á la bayoneta, fueron aquellos arrojados de la villa, dispersándose desordenadamente. Bussons logró salvarse con unos pocos; los demás se fueron presentando, ahorrándose con eso muchas lágrimas y mucha sangre. Continuando su victoriosa marcha las tropas, presentáronse delante de Vich. Una diputación de la ciudad salió á ofrecer al conde su sumisión, y un canónigo que iba en ella le manifestó llevaba encargo del prelado de hacerle presente que en su palacio le tenía preparado aposento y mesa para sí y para su estado mayor. «Sírvase V. S. decir al señor obispo, le contestó el de España con aparente dulzura, que los capitanes generales del rey no hacen la primera visita á nadie: que con lo que S. M. me da tengo bastante para mantenerme, y si algo me hace falta, echaré mano de lo de mis ayudantes.» Y para hacer sentir con un acto de desprecio y de afrenta cierta mortificación á un pueblo que de tal modo había faltado á la lealtad debida á su soberano, dió orden de que las tropas entraran, no batiendo las cajas marcha española, sino el aire de la canción vulgar llamada *Las habas verdes*. Hízose así, sufriendo los habitantes de Vich tan mustios como iban alegres y burlones los soldados.

Recordará el lector la parte que el reverendo obispo de Vich había tomado en excitar y fomentar la insurrección. Pues bien, cuando este prelado pasó á visitar al conde de España á su alojamiento (13 de octubre, 1827), visita que el conde preparó de modo que la presenciara su estado mayor, entablóse entre los dos personajes, despues del primer saludo, un interesante y curioso diálogo. Como el obispo expusiese que sentía no haber podido evitar los males que habían sobrevenido, replicóle el conde que no lo habría procurado mucho cuando en su casa se habían celebrado las juntas, y á un clérigo de su diócesis se había nombrado vice-presidente de la de Manresa. Y despues de algunas consideraciones sobre los deberes de los prelados españoles para con su rey, «¿Recuerda V. S. I., le dijo, lo que sucedió en el siglo XVI con el obispo de Zamora (aludiendo al obispo Acuña, que fué ahorcado en Simancas)? Pues aquella escena puede repetirse ahora, si el rey Católico lo manda.»—Buscando el prelado en su aturdimiento algun medio de sincerarse, replicóle el conde que había faltado al rey, como vasallo, como autoridad, y como prelado de la Igles-